
SOBERANÍA ALIMENTARIA Y CAMBIO CLIMÁTICO

Julio Postigo

El título de este conversatorio es, atinadamente, una pregunta: “¿Es posible la soberanía alimentaria en el Perú?”. Y digo atinadamente porque creo que de lo que se trata es de abrir discusiones, de abrir la conversación. Y mi respuesta a la pregunta es “no”, no es posible. Vivimos, más bien, una soberana inseguridad alimentaria o una interdependiente seguridad alimentaria. Me pidió Fernando Eguren que abordara dos grandes conceptos: cambio climático y soberanía alimentaria, y lo haré señalando algunas similitudes y algunos puntos de encuentro entre ambos conceptos, más allá de lo que es bastante obvio: el tema de las respuestas de algunas especies, de algunos cultivos, a algunos cambios en los patrones de precipitación y temperatura. Se habla mucho ahora de si las papas están subiendo a 4 mil metros, o si el maíz ya está encima de las cotas de los 3900 o 4000 metros. Yo creo que eso está pasando, aunque todavía está poco documentado y no hay una recopilación sistemática de información de lo que está pasando con los cultivos andinos en los bordes de lo que se conocía antes como sus *límites absolutos*. Esta falta de información ocurre en parte porque los cultivos andinos no son de interés para el gobierno central ni para los subnacionales (regionales y locales) ni para las universidades.

La invitación de Fernando traía al final un cuadro donde ponía seguridad alimentaria y soberanía alimentaria, para orientarme sobre algunos de los temas relacionados con la soberanía alimentaria. Bueno, yo los reorganicé; no cambié el texto, sino lo reorganicé, porque me pareció que era un conglomerado de cosas de distinto calibre, de distinto nivel. Cuando lo leí,

pensé: “Pero claro, la soberanía alimentaria parece que tiene que ver mucho menos con los alimentos y mucho más con la política”. Además, luego de haber escuchado las intervenciones previas, me voy convencido de que tiene que ver con la economía política y, además, con cómo los países y los miembros de las naciones deciden qué producir, cómo producirlo, dónde producirlo, cómo transportar lo que se produce y, por último, qué se mete la gente en la boca. Entonces, es un tema multidimensional.

Me quedaban también dudas luego de ver el cuadro, como lo del agua o el tema de la producción agrícola local. ¿Qué es eso de local(es), nacional, regional? ¿Cómo se integran estos niveles/jurisdicciones y cómo se resuelven las diferencias entre ellos? ¿Qué pasa con el comercio internacional y nacional? Pensaba en el interior del país, en muchas de las poblaciones y pequeños productores, agricultores familiares, que prefieren y escogen, por las razones que sean, comer arroz, fideos, sardina en salsa de tomate enlatada (conocida como portola). Y creo también que este asunto de lo alimentario tiene que ver con la condición de ciudadano que tienen o no los productores, los pequeños productores que están involucrados en la agricultura familiar y también, por supuesto, la condición de ciudadanos que ejercemos con mayor facilidad los que somos consumidores, sobre todo aquellos que tenemos cierta capacidad adquisitiva y podemos decidir cuándo vamos al supermercado y cuándo a las ferias de productos orgánicos que se han mencionado.

EL PROBLEMA ES EL SISTEMA CAPITALISTA

El gran problema, para mí, aparece con el sistema capitalista de producción alimentaria. Eso es como un primer quiebre fuerte no solo en la producción sino también en el comercio, en el almacenamiento, en el sistema de intercambio de alimentos a nivel planetario. Los alimentos se convierten en mercancías. Es un cambio dramático: se deja de lado la economía de subsistencia, de sistemas de intercambio que permiten que haya más o menos cierta capacidad de autosostenimiento basada en arreglos que no pasan por el mercado sino por otro tipo de relaciones sociales. Cuando la producción de alimentos tiene que pasar por el aro del capitalismo, un montón de productos pierden sentido, se vuelven ineficientes, porque sus tiempos de maduración, de producción, les impiden ser rentables en el

mercado. Entonces desaparecen, o son relegados a las tierras más marginales, menos productivas; por eso reciben menos atención de las políticas públicas, menos interés de la población y los medios de prensa, son destino de menos infraestructura productiva, etcétera. Creo que es importante entender esta marginación y exclusión que ocurre por no ser de interés para el capitalismo.

Está también el tema de los derechos y el acceso a los recursos. Hay que incorporar no solo el acceso a la tierra, al agua, a las semillas, sino también el control de esos recursos; si no, miren lo que está pasando, por ejemplo, con el proyecto minero Tía María. Ahí está la tierra, pero no pueden controlarla. Además, ¿cuáles son las condiciones para acceder y controlar esos recursos de una manera sostenible, equitativa? Porque también en las comunidades, en los colectivos de pequeños agricultores, hay situaciones de inequidad, relaciones de poder que favorecen a unos y no a otros. Y, además, asegurarse de que haya una alimentación óptima en aquellos territorios donde se encuentran estos recursos.

Cuando estaba pensando en el tema del cambio climático y soberanía alimentaria, una de las primeras cosas que me llamaban la atención era que los dos conceptos, que prefiero pensarlos como procesos, están inmersos en un conjunto de relaciones de múltiples escalas y de múltiples niveles, que van desde lo global hasta lo regional y lo local. Es en el eje entre lo local y lo nacional que yo trataba de ubicar la producción agraria; es esta producción la que constituye el vínculo fundamental entre naturaleza y sociedad, o entre los ecosistemas y la sociedad. Esta producción genera alimentos mediante un uso específico del suelo. Ahora, lo que ocurre en las interrelaciones entre lo local y lo regional está claramente influenciado por procesos macro sobre los cuales lo local tiene poca influencia; hay cierto tipo de influencia, pero relativamente menor comparada con la influencia de lo global sobre lo local. La dinámica de los precios es quizá el ejemplo más claro desde desigual influencia.

También es importante que pensemos que el cambio climático tiene su origen en el desarrollo del capitalismo. Se ha demostrado hasta la saciedad que hace trescientos años empieza un conjunto de emisiones de efecto invernadero que no tiene precedentes y que se ha intensificado sobre todo a partir de 1950. Cuando yo pensaba en el cambio climático y en la soberanía/seguridad alimentaria desde la producción capitalista de alimentos, me daba cuenta de que hay un origen común constituido por esta forma

particular de producir, consumir y vivir que es el capitalismo. Y luego me llamaba la atención que las negociaciones globales sobre el clima, que más o menos aparecen alrededor de las grandes conversaciones y cumbres sobre la alimentación, se mueven por canales paralelos y separados, que no se conectan entre sí. Obviamente, yo creo que esta desconexión no es casual. Más aún, es curioso que uno de los temas problemáticos de las negociaciones climáticas, uno de los nudos fuertes, sea la producción agrícola. Alrededor de este tema se presentan conjuntos de países con posiciones irreductibles que rehúsan dejar de producir productos agrícolas de forma industrial, lo que, por un lado, contribuye con las emisiones pero, por otro lado, garantiza su provisión de alimentos, su seguridad nacional alimentaria. Y no hay aún manera de resolver esa disyuntiva.

No creo que los fondos mundiales verdes, que pretenden incentivar ciertos tipos de nuevas prácticas, vayan a resolver eso porque los países han definido posiciones muy duras en las que cuentan además con el claro respaldo de la Organización Mundial del Comercio, que no entra en las negociaciones climáticas. Eso es como una esquizofrenia muy notable, y ahí hay puentes que tendrían que tenderse para resolver parte del nudo. También hay un tema entre soberanía alimentaria y cambio climático que tiene que ver con el largo y el corto plazo. La producción de alimentos solo es posible con el largo proceso que va desde la domesticación de las plantas silvestres hasta la invención de la agricultura, y ahora vemos desplazamientos de cultivos ocurriendo en cortos periodos de tiempo. En un sentido, el cambio climático y la variabilidad climática también tienen esta especie de doble registro temporal en el que el cambio climático son variaciones de más largo plazo que nos van a llevar a nuevas condiciones climáticas. No tenemos certeza acerca de cuánto más se va a calentar el planeta o qué va a pasar con la precipitación. Lo que sí sabemos es que la variabilidad va a ser más aguda y, por tanto, los eventos extremos van a ser más pronunciados y frecuentes. Hemos visto que eso tiene efectos directos sobre la producción agrícola y que genera situaciones de vulnerabilidad.

VULNERABILIDAD AL CAMBIO CLIMÁTICO

La vulnerabilidad es un concepto que me permite mirar el cambio climático y la soberanía alimentaria porque, por un lado, ambos conceptos surgen

de una crisis. La conciencia que se adquiere sobre el cambio climático y el surgimiento de los discursos de soberanía alimentaria aparecen como una respuesta a las hambrunas pero también a la crisis de precios, de provisiones, en momentos en los cuales el sistema agroalimentario global se muestra incapaz de proveer alimentos en todas partes del mundo, todo el tiempo y de manera sostenida y saludable. El cambio climático también aparece y se torna muy popular a partir de un concepto de crisis. Entonces, esas vulnerabilidades abren la oportunidad para que pensemos las relaciones entre ambos conceptos. Y, además, podemos observarlas desde el nivel global, desde cómo se estructura la producción mundial de alimentos, el comercio, el transporte, las demandas, hasta cómo están afectando la escala local. Mayor variabilidad, mayores eventos extremos, pueden poner en serios aprietos a comunidades que se han involucrado en producciones menos diversas para satisfacer demandas de mercado. Todo ello nos da pie para empezar a entender y valorar esas respuestas locales frente a presiones climáticas pero también frente a presiones del sistema alimentario mundial.

Es un error ver la soberanía alimentaria y el cambio climático como elementos aislados o independientes. Las unidades vulnerables —llámense familias o países— sufren un conjunto de presiones de naturaleza climática y no climática que, combinadas, generan ciertas vulnerabilidades que les resultan muy difíciles de responder. Entonces, cuando yo pienso en sistemas pastoriles con los que normalmente trabajo o trato de trabajar, rápidamente puedo ver el tema del cambio climático, cuáles son esos efectos, cómo se manifiestan los eventos extremos, los cambios en la disponibilidad de agua, todo aquello que lleva a cambios en la cobertura y el uso del suelo; pero inmediatamente sigo conversando con la gente y me dicen que ellos tienen otros problemas, que hace más calor, que llueve más o que llueve menos, pero que ellos más o menos se las arreglan moviendo el ganado a zonas con pastos y agua, etcétera. Son otros problemas —por ejemplo, los bajos precios, el control de precios de la fibra de alpaca ejercido por la industria textil (podría ser también el control del precio de la leche por el conglomerado Gloria), otras presiones que no son climáticas— los que realmente les imposibilitan o les hacen muy difícil responder a esas presiones climáticas.

Para no hablar solo de los Andes, permítanme mencionar un caso del norte de la India con pastores de cabras. Ahí también tienen cambio climático, pero deben enfrentar sobre todo un conjunto de procesos sociopo-

líticos que les han caído encima sin que ellos tengan mucho que decir. Básicamente, llegaron migrantes del Tibet que el gobierno indio acogió. Los tibetanos entraron con sus *yaks* (bóvidos de tamaño mediano y pelaje lanoso) y el gobierno les cedió en uso lo que vendrían a ser las zonas de pastoreo de verano de las cabras de esta zona, lo que ha incrementado la presión sobre los terrenos de pastoreo que les quedan a los habitantes originales de esta zona. Además, los *yaks* comen muchísimo más que las cabras, causan otro tipo de presiones sobre el suelo, cambian la composición vegetal porque comen otras especies. Además, como eran refugiados y es una zona de frontera, hay una presencia militar importante. Por tratarse de un área de interés geopolítico, el gobierno de la India destina muchos subsidios para que esté poblada, de modo que los militares puedan consumir lo que necesitan y, como consecuencia, los precios de los productos caen. Con bajos precios, se necesitan pocos ingresos para subsistir, lo que hace que los pastores no tengan que vender mucha fibra para la pashmina para generar ingresos; pero se mantienen las cabras por el interés gubernamental al ser un animal que es parte de la identidad nacional. Sin embargo, esta zona es muy turística y las agencias de turismo emplean muchos pastores como guías, lo que, claramente, es más fácil que ser pastor de cabras. Asimismo, para brindar los servicios turísticos se ha traído caballos, lo que ha incrementado aún más la presión sobre los pastos, ha degradado más los suelos y ha generado un problema de escasez de mano de obra para las actividades pastoriles.

SISTEMAS SOCIOECOLÓGICOS

Estas interrelaciones entre el ecosistema y la sociedad humana —pastores de cabras, por ejemplo— constituyen los sistemas socioecológicos. Sin embargo, no solo en el sistema socioecológico pastoril se aprecian diversas perturbaciones operando en múltiples niveles. Los sistemas agropecuarios también sufren y viven un conjunto de presiones climáticas y no climáticas, y es en esos contextos que tienen que ir definiendo casi día a día cómo pueden o no alimentarse, que cultivar y qué no, criar o no un animal, pasar de cabras a caballos, pasar de pastoreo a turismo, tolerar la minería, migrar a la ciudad, o trabajar en la agroindustria. Así deciden que su ecosistema deja de ser pastoril para convertirse en rutas turísticas y zonas de pasto-

reo para bóvidos gigantes como los *yaks*. En el Perú hemos encontrado básicamente el mismo tipo de confluencia de presiones climáticas y no climáticas. Entonces, la vulnerabilidad debe ser entendida como aquellas condiciones, aquellas determinaciones que me hacen ser incapaz de lidiar con algo. Es desde la atención, analítica y política, que podemos entender el cambio climático y la soberanía alimentaria.

Comentario:

Manuel Ruiz

La presentación de Julio Postigo muestra que la relación entre cambio climático, soberanía y seguridad alimentaria es extremadamente complicada. Yo tengo algunos comentarios más o menos sueltos. Uno de ellos tiene que ver con el hecho de que estamos ante una situación de seguridad y soberanía alimentaria sumamente debilitada. En los últimos años, quizá las últimas tres décadas, los problemas que se enfrentan para la producción de alimentos son extremadamente serios, básicamente por dos factores.

El primero es que el cambio climático es hoy más intenso, más allá de las capacidades de adaptación y de resiliencia, sobre todo de los pequeños agricultores andinos. La intensidad de estas presiones plantea retos que quizá en los años anteriores no teníamos. El segundo factor tiene que ver con tendencias que afectan el sistema alimentario nacional y global, dado que los problemas que enfrentan los pequeños agricultores en el Perú son de alguna manera similares a los enfrentados por los pequeños agricultores en otros países en desarrollo. Una de estas tendencias concierne a las reglas de comercio internacional, formalizadas en la Organización Mundial del Comercio (OMC) y en los tratados de libre comercio, que están contribuyendo a la concentración de la producción de alimentos y a la marginación de los pequeños productores. Si bien la OMC está más o menos “congelada” desde hace diez años, sus efectos se siguen sintiendo. Sin embargo, hay fenómenos más serios que la OMC, como son los acuerdos multilaterales o bilaterales de comercio, que son en realidad versiones potenciadas de las reglas establecidas por la OMC.

Además, hay una tendencia a la promoción de la agricultura moderna y a la introducción de organismos biomodificados, genéticamente modificados. Esta discusión ha tenido lugar en el Perú en los últimos quince años, en cuyo transcurso se dio, a fines del año 2011, la ley 29811, que declaró la moratoria a la importación y uso de semillas transgénicas por una década, que ahora se empieza a ver un poco tambaleante. El Instituto Nacional de Investigación Agraria (INIA) ahora ha cambiado un poco su orientación, y se escuchan algunas voces que están intentando debilitar el sistema de moratoria impuesto el 2011. Hay, pues, ciertos patrones globales que empiezan a imponerse o, cuando menos, exigen estar alertas y atentos.

El otro gran tema es el de la propiedad intelectual. No me voy a detener en esto, pero básicamente lo que tenemos ahora son sistemas de concentración de derechos en favor de titulares de derechos. Hoy en día en el Perú se puede proteger legalmente a generadores o mejoradores de semillas a través del sistema de derechos de obtentor de variedades vegetales, que no son otra cosa que patentes especiales para plantas. En virtud del tratado de libre comercio suscrito con los Estados Unidos, el Perú está obligado a realizar los mayores esfuerzos posibles para desarrollar medidas que permitan patentar plantas. Se ha cambiado, así, la legislación en los últimos seis o siete años, y nuevamente se ha concentrado el poder y los derechos en manos de mejoradores. Los mejoradores son a veces investigadores (por ejemplo, en el caso del INIA hay muchos investigadores que han desarrollado variedades de cultivos) pero mayormente empresas, muchas de ellas multinacionales o sus subsidiarias, que orientan sus presupuestos de investigación al desarrollo y protección de cultivos especialmente importantes en la agroindustria y de la exportación en particular. Por otra parte, la industria alimentaria se ha concentrado aún más, y se han expandido las cadenas de comercialización de alimentos que van desde los productores hasta los supermercados y las grandes multinacionales productoras de alimentos. En una reunión con agricultores de distintas regiones, en la que participamos, cuestionaban la noción de cadenas de valor y manifestaban su oposición a involucrarse en ellas, a *encadenarse*, para no poder zafarse luego.

Mencionaré también, en relación con estas tendencias, la idea de que los problemas pueden resolverse con “balas de plata”, es decir, con recetas de general aplicación. Se dice: “Vamos a resolver los problemas de los pequeños agricultores con una tecnología determinada”. Bueno, sabemos que eso no es posible. La tecnología puede ser un elemento, una estrategia para propiciar una pequeña agricultura mucho más sostenible. Desde que entró en vigor el Convenio sobre la Diversidad Biológica, todas las estrategias, los planes, los programas vinculados a biodiversidad, agrobiodiversidad, desarrollo tecnológico, seguridad alimentaria, están o en borrador o por ser aprobados; algunos ya se han aprobado, pero no se han implementado. Esa situación es un tanto paradójica. Si uno revisa la legislación nacional, contamos, como les decía, con casi todas las normas posibles relacionadas con biodiversidad, agrobiodiversidad, pequeños agricultores, o leyes que declaran de interés nacional lo que es de interés

genético nacional. Tenemos todas las normas necesarias y, sin embargo, seguimos caminando hacia un proceso de paulatino debilitamiento, sobre todo de la pequeña agricultura.

Termino con un último punto, la producción de alimentos por los pequeños agricultores. Por lo menos para mí, hablar de pequeña agricultura me resulta realmente complicado. Hay *pequeñas agriculturas*, en plural, y cada una de estas pequeñas agriculturas, en distintos lugares, en distintos contextos, requiere soluciones distintas y diversificadas. En ese sentido, las estrategias, y la inversión que esto requiere, deben ser diseñadas para responder a especificidades muy localizadas. Hay allí, ciertamente, problemas de escala, de escalamiento y de replicabilidad; sin embargo, si queremos contar con sistemas productivos nacionales sostenibles en el tiempo y que nos garanticen realmente tanto seguridad alimentaria para los pequeños productores como soberanía alimentaria, necesitamos este tipo de estrategia muy diversificada que requiere cambios drásticos en las políticas públicas agrarias.